

ciendo lo uno, y haciendo lugar en lo otro al conocimiento más reconocido que se ha visto de todo, y más severo; no despreciándolo con oprobio, sino con logro espiritual, dejando que pasasen sus bienes de su posesion á los necesitados, y que los que eran trastos fuesen remedios, y los que eran alhajas fuesen limosnas. Era Dios acreedor de los bienes que le habia dado, y él se hace acreedor de Dios volviéndolos á su poder por la mano de los pobres : este ha sido trueco, y no despojo; es mejora, y no desautoridad. ¡ Gran cosa ! que debiendo lo que tenia, hoy le debe el cielo que ya tiene, y asegura lo que se quita, y es más rico aun con lo que le falta, que con lo que le sobraba : dalo á guardar en buen lugar. San Pedro Crisólogo dice : *Manus pauperis Abrahæ sinus est*. No se puede mejorar el lugar ni el tesoro : primero supo don Juan buscar las joyas, hoy sabe asegurarlas; y en este mundo tiene envidia, por autoridad de la misericordia, á la fortuna y al tiempo, que ni pueden consumirlas, ni acabarlas, ni defraudarlas.

FIN DE LOS GRANDES ANALES DE QUINCE DIAS.

BREVE COMPENDIO

DE LOS SERVICIOS

DE DON FRANCISCO GOMEZ DE SANDOVAL,
DUQUE DE LERMA,

ESCRITO

POR DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

VIENDO el duque de Lerma que la grandeza de su casa padecía los arrepentimientos de la fortuna, y que su padre y abuelo habian fallecido en poder de los desórdenes de la suerte; haciendo más caudal del escarmiento que le dejaron que de la herencia, y obedeciendo á sus fines por no seguirlos en ellos; viendo la sucesion de sus grandes estados, ántes amenazada de dos hijas que proseguida, — trató de emplear el gran talento suyo y el esclarecido valor de su persona, y la edad más floreciente, en el servicio de su majestad, cuando en Italia el rey Cristianísimo disimulaba los disignios de usurparla con el nombre de defenderla, introduciendo en el amparo del duque de Mantua la sedicion ambiciosa, tantas veces repetida como burlada.

En este tiempo pasaba á gobernar á Milan el marqués Espínola y de los Balbáses, despues de haber gobernado por muchos años gloriosamente las armas católicas en Flándes, donde, victorioso, fué en muchas ocasiones inundacion á los rebeldes, y en otras con diligente advertimiento orilla á sus fuerzas. Las grandes pérdidas que en aquellos paises se si-

guieron á su ausencia no le fueron de menor crédito que los grandes triunfos que alcanzó gobernando; ántes fueron alabanzas más seguras y encarecidas, pues mortificaron las presunciones que se prometieron el poderle suplir. Supo el Duque destinar su ardor generoso á la disciplina militar, y elegir el mejor maestro de aquella profesion; dejó en lágrimas su casa, á todos en admiracion, y pasó á Italia con el Marqués, que pasó por medicina á los desórdenes de los franceses en el Casal, de que estaban apoderados, ó ya porque el Duque no se la pudo resistir, ó porque no supo negársela. El Marqués, aconsejado acon los escarmientos que de la asistencia de Flándes traía, con réplicas bien leales dificultó el cargo, pidiendo se le diese el dinero necesario y la vicaría de Italia, porque sin ella, en las consultas y albedrío de los vireyes para los socorros forzosos, iba en manifiesto peligro por culpas ajenas; siendo así que quien tiene á su cargo empresas y ejércitos con ocasiones instantáneas y arriadas al enemigo armado y pronto, si depende de otro ministro en las asistencias distante de su campaña, y este para socorrerle depende de otros, y no del que ha de padecer ó gozar la victoria, forzosamente le serán burlados los disignios, se le desvanecerán los ofrecimientos de la fortuna, y en llevar y traer preguntas y respuestas estragarán los correos las oportunidades del tiempo, y las determinaciones dilatadas llegarán con las órdenes á sazón que el enemigo que no las aguardó, valiéndose de su pereza, las haya imposibilitado, sin dejar otro ejercicio que el de arrepentirse. La fortuna quiere que la aguarden y no que la manden; y la ocasion repentina que la gocen y la arrebatan, no que la disgusten y la inquieren con pareceres.

Entregóse al Marqués el dinero y ofreciósele la vicaría; embarcóse y pasó á Italia cuando monsieur de Toras, valeroso capitán frances, tenía á su cargo la defensa del Casal: hombre de robusta paciencia y de acreditado valor en la defensa de la isla de Res contra el poder de Inglaterra, de ilustre nombre por estos dos sitios, y el primero frances en quien se vió constancia y espera. No pudo el Marqués trabajar con dos manos en el sitio del Casal, por haberle la promesa mancado de lo de vicario; ordenó con providencia bien experimentada principios con promesa de gloriosos fines, que igual-

mente reconoció y temió Toras. Estrenó en los consejos y en las más arriesgadas ejecuciones de ellos el talento y el esfuerzo del duque de Lerma, y en todos los trances aventurados le oyó como discípulo y le obedeció como maestro.

Fué el Duque como desean todos que sean los grandes señores, y como son pocos. Lo que el Marqués le ordenaba que mandase á otros, lo pronunciaba con las obras en el ejemplo; su ambicion no era de ascender á los mayores puestos, sino de merecerlos; habíase dejado persuadir de la infelicidad de su grande casa, que cuanto mejor sirviese sería más calumniado, y que para agradar á sus enemigos hereditarios no tenía otro camino sino proceder como su venganza lo deseaba. Reconociase deudor de los odios y invidias de su buen padre y de su magnánimo y esclarecido abuelo, y para poder despreciarlos se arrojó á no temerlos: ni temía á los enemigos de su sangre, ni su sangre los del Rey. Los rebatos nunca le despertaron, porque el cuidado hacia que el sueño no hallase sus ojos; si marchaba el ejército, su incomodidad era reprensión y consuelo de los que se quejaban de padecerla; en las trincheras tomaba el puesto más infestado de las ofensas del enemigo; en la hambre y la sed, su tolerancia, si no satisfacía la de sus soldados, la olvidaba; armado los enseñaba á despreciar las horas más encendidas del verano, y en las nieves y hielos del invierno se mostraba incrédulo de los rigores del frio.

Dió en este tiempo á los nuestros vergonzoso teatro el puente de Cariñan, donde pocos supieron escoger la muerte y las heridas, y donde muchos alargaron tanto la vida como el paso. Murió el valeroso Marqués de oír del modo que habian escapado vivos los suyos. Preguntó por su hijo, si era muerto, si venia herido, si quedaba prisionero. Respondiéronle que no, y dijo: « ¿ Ni muerto, ni herido, ni prisionero? » Y repitiendo estas palabras, que fueron las postreras, quedó privado de su juicio. Murió en la cama, y su dolencia fué el puente de Cariñan. Murió de los que no osaron morir: muerte docta; hasta muriendo fué maestro, pues enseñó á morir de vergüenza á los que viven de miedo. Enterraron con su cuerpo el valor y experiencia militar de España: sabemos que le lloró Italia, mas no cuándo le dejará de llorar.

Por su fallecimiento se dieron aquellas armas al marqués de

Santá Cruz, que asistía al abrigo de Génova, heredero del esfuerzo, grandeza y cargos en el mar de su padre; no así lo fué de la felicidad en los sucesos. Pasó con largas experiencias de armadas á estrenarse sin alguna en ejércitos; quísole favorecer la fortuna con la batalla que le aceptaron, á más no poder, franceses inferiores en número y en armas: entendió el ejército la lisonja que les hacía la ocasion, y viendo que se les daba orden de aclamar á Santiago (único patron de las Españas), todos en señal de regocijo arrojaron los sombreros á lo alto, cuando monseñor Mazarini, nuncio de su santidad, salió del ejército frances para el nuestro. Introducido en San Telmo de sus borrascas, habló con el Marqués, que, conquistado por el oído, admitió el tratado de tregua. Los soldados, que vieron les había quitado Mazarini con palabras la victoria de las manos, y que su coraje yacía burlado, hicieron con desacato muy encarecidas demostraciones de sentimiento; capitanes hubo que rompieron las ginetas; otros decían: «¿Para qué traemos armas si un monseñor con la lengua nos las quita? Quién ha perdido este día, ¿para qué vive otro? ¿Qué busca quien pierde lo que halla? ¿Qué quiere quien no toma lo que le dan? Aquí no hemos venido sino á ver los monseñores y á obedecer á los monseñores; ménos sintiéramos ser vencidos de la batalla que del chisme. ¿Páganos el Rey para persuadidos de Mazarini ó para vencedores de los franceses?» Estas palabras decían con gritos tan descompuestos, que las oyeron los enemigos; retiráronse unos y otros escuadrones: los nuestros á cumplir lo que el Marqués les mandó, los otros á no cumplir lo que ofrecieron. Cuántas pérdidas y batallas ocasionó esta que nos engaitó el Nuncio, no hay día que no las cuente con cuantas horas tiene.

Mandó su majestad pasar al Marqués á mandar las armas de Flándes, y fué restituido á Milan por gobernador segunda vez el duque de Feria, que mal persuadido de los semblantes de las cosas, teniendo por compuestos y apagados los rumores que se disimulaban en bien encendido rescoldo, envió diez mil hombres á cargo del duque de Lerma, que ya era maestro del campo general, á Flándes. Desembarazóse de tanto gasto, y mostróse cuidadoso en el socorro y asistencia de aquellos países; y no ménos recordado, en enviar al duque de Lerma,

del riesgo que había experimentado en su propio cuñado don Gonzalo de Córdoba, en tener á su lado persona de tal sangre, grandeza y servicios que pudiesen aspirar al puesto que tenía.

Pasó el duque de Lerma con suma facilidad, llegó á Flándes, entregó la gente, y hallándose sin puesto y desautorizado, pidió licencia para venir á su casa: dióselo su majestad, llegó á Madrid, besóle la mano y fuése á su casa á consolar su mujer y hijas. Ó fuese voz derramada ó verdad, se refería haber dicho el Rey nuestro señor al besarle la mano: «Cuando el Duque se fué le tuve envidia, hoy que vuelve le tengo lástima.» Sobraron lenguas, ó curiosas ó malignas, que cargaron con palabras de tanto peso los oídos del Duque; y si bien sabía lo que todos sabían de él, y con cuánta gloria había servido á su majestad en Italia, y con cuán generosa valentía en el sitio del Casal había enviado comida y regalos á monsieur de Toras, diciéndole que no quería para vencerle tener de su parte la hambre que él y los suyos padecían; que los españoles no aguardaban la pereza de la necesidad, pudiendo dar asaltos;— empero con muy avisada honra dijo: «Si son palabras de mi Rey, no puedo responderle con otras, sino con obras; si me tiene lástima, bien será que yo la tenga de verle con ella. Si el Rey no las dijo se las achacan, y ya corre con majestad esta murmuración.»

Determinó volverse á Flándes, fué á besar la mano á su majestad, y dijole: «Señor, yo vine de Flándes con licencia cuando ni había ocasion ni campaña, ni yo tenía puestos, ni mis servicios premio; hoy, que se mueven las armas de vuestra majestad, voy á tomar una pica en su real servicio, no por merecer algun cargo, sino por satisfacer al que me puedan hacer si no fuese; que ya conozco que sólo he de tener el que me hicieren.»

Partió de Madrid por la posta, llegó á Bruselas y halló al enemigo gozando de la falta que hacía el marqués de Espinola. Fué el Duque maestro de campo general, uno de los cuatro que gobernaban á semanas: don Gonzalo de Córdoba, hermano del duque de Sesá, biznieto del Gran Capitan, y no ménos gran capitan que fué su bisabuelo, ni de valor ménos mortificado; don Carlos Coloma, muy ilustre, docto y valiente caballero, nacido en las armas y envejecido en ellas; y el marqués de Aitona,

caballero de bien acomodada condicion á las costumbres extranjeras, habilitado al manejo de los negocios en diferentes embajadas, de buen discurso y dócil á las materias militares que empezaba. Sin culpa mia se me viene á la memoria una advertencia del grande Polibio : por suya y por ser á propósito no merece desden. En el libro 3.º, tratando la levedad con que el Senado se dejó persuadir de la filosofia de los ociosos, que la pereza belicosa de Quinto Fabio era cobardía, y que sólo servía de sombra á Anibal, siendo así que Anibal le tenia asombro, determinaron enviar otro dictador, con órden de que mandasen á días; — exclama Polibio con estas palabras : « Ya habia dos capitanes generales en un tiempo en un ejército : cosa ántes de aquel día no oida. » Siguióse por la temeraria impaciencia de Varro, que mandaba aquel día, la sangrienta y total pérdida de la batalla de Cánas.

Siguióse la pérdida de Mastrique á los cuatro maestros de campo, generales nuestros, cosa en aquellos estados no oida hasta entónces con alternativo mando. Perdióse en Mastrique mucha tierra de contribucion : habiase perdido mucha gente lastimosamente en la interpresa de las Barcas. En estos trances llamó su majestad para España al marqués de Santa Cruz, honrándole con el oficio de mayordomo mayor de la Reina nuestra señora : á ninguno otro promovieron las pérdidas en su cargo á otro mayor, si bien salir en tiempo de guerra, de gobernar ejércitos á gobernar damas, pudo llamarse merced mas no premio. Salió el Marqués disgustado, mas no lo quedó el país, que con cedulones le habia contado las horas que gastaba en el juego.

La serenísima señora Infanta dió el interin de aquellas armas al duque de Lerma, que las gobernó hasta que se entregaron al marqués de Aitona, que no sin riesgo andaban remudando cabezas con tal prisa, que atendian más á cuyas serian que á cuyas eran.

El Duque, atendiendo á sólo servir por sólo servir, que es útil desembarázo el de la ambicion de premios, tomó y fortificó la isla de Estéban Wert; facilitó el paso que á ella rehusaban los soldados por la profundidad del agua, arrojándose solo y primero con su caballo en la corriente, y pasaron embarcados en su ejemplo todos.

El año de 1635 tomó la provincia de Lemburgue, en que se mostró igualmente mañoso y resuelto. Fué el Duque dichoso para el servicio del Rey, no para sí : reconociendo el marqués de Aitona sus grandes partes, le envió á reedificar y fortificar el fuerte de Xenepe; hizolo con riesgo venturoso y trabajo lucido.

Dió al valor de los nuestros el descuido de los holandeses, que nos fué auxiliar, la plaza inexpugnable del Eskenke : murió el de Aitona, dicen, de pena de no haber podido enviar al Duque el socorro que le prometió. Dió el señor Infante al Duque las armas, y en tomar y mantener á Eskenke trabajó tanto el Duque, padeciendo las armas continuas, negándose al sueño, dejándose á los rigores del tiempo, contando todas las horas del día, y la noche en el desabrigo de la campaña, que adolesció; y conquistada su salud del continuo cuidado, destituida de fuerzas su bien alentada juventud, obligó á que las personas que le asistían, contradiciéndolo su magnánimo corazón, le rindiesen á la cama y le venciesen á la cura. Permittedla, empero con tal condicion, que acostado en la litera le habian de llevar á los escuadrones y puestos : concediéronselo los médicos por medicina que aprobaba su celo ansioso, hasta que la debilidad de su persona y los insultos de su dolencia los desconfió de su vida. Notificáronle en pocas horas su muerte : oyó el desconsuelo de esta proposicion con rostro agradecido al que se la dijo; volvió lo militar de su corazón contra los enemigos de la alma. Confesóse, pidió el Santísimo Sacramento, trujéronsele, y en viéndole entrar en su aposento se arrojó de cara en la tierra adorándole, y diciendo : « Señor, pues vos venéis á mí cuando me lleváis, y para ir á vos, por la comunión os llevo conmigo, por vos, Señor, y con vos os pido me llevéis á vos mismo. Limpiado he en la oreja del confesor, como mejor he podido, acusándome, la boca con que os recibo; no permitáis que coma juicio contra mí, cuando para ir á vuestro juicio os recibo viático. » No habló palabra que no la confundiesen con lágrimas los que las oían; pidió la extremaunción, diéronsele, y fortalecido con los sacramentos de la Iglesia y descansado en su testamento, tomó un crucifijo en las manos, diciendo : « Toda mi vida, Señor, me habéis tenido de vuestra mano, tarde os tengo yo en la mia; repetid en esta tardanza y brevedad de tiempo la misericordia de Dios; con

vos acabo de morir si he vivido sin vos : apartad la cara de mis pecados, miradme en vos, y veréis lo que os cuesta cuando veáis lo que os ofendí. Yo vi sacrificada á vuestra providencia la prosperidad de mi padre y abuelo, y descubierta mi persona al impetu de la venganza y al furor del aborrecimiento. Yo veo que con este miserable cuerpo se entierra toda la sucesion de mi casa : dejo hijas, que amo tiernamente, sin padre; mujer, que he querido y reverenciado con extremo, sin marido. Todo os lo ofrezco, y estas prendas postreras que asisten á los contrastes del mundo os encomiendo : aceptadas las teniais, pues os llaman padre de huérfanos y juez de viudas. Séame descuento de lo que he vivido para mí como mozo el morir por vos en servicio de mi rey en lo mejor de mi mocedad; permitid que yo sea ejemplo á mis camaradas, ya que permitis que me tengan todos por escarmiento. »

Vió en hondo desconsuelo algunos criados suyos, y dijoles : « Dos cosas siento, el dejaros y el no tener qué dejaros; sólo medra quien sirve á este Señor, que murió por todos. Contagio ha sido de mis servicios la esterilidad de los vuestros, pues tuvisteis tan hazañosa bondad que os atrevisteis á servir al que sólo vivía padron de las calamidades de toda su sangre. Yo creo que sabréis perdonar este desamparo al no poder más. No os dejo otra recomendacion sino el dejar de ser familia de mi casa. »

Adelgazábasele muy aprisa el aliento, anocheciósele la vista, y conociendo la diligencia con que el postrero frio le acercaba el fallecimiento, sellando con los piés del crucifijo la boca, y los ojos con los dos brazos, y diciendo : « En tus manos, Señor, encomiendo mi alma, « espiró en Amen á 12 de noviembre del año de 1635.

FIN DEL COMPENDIO DE LOS SERVICIOS DEL DUQUE DE LERMA.

PANEGÍRICO

Á LA MAJESTAD DEL REY NUESTRO SEÑOR

DON FELIPE IV,

EN LA CAÍDA DEL CONDE-DUQUE;

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem;
propterea unxit te Deus. (Psal. 44.)

SERENÍSIMO, MUY ALTO Y MUY PODEROSO SEÑOR :

Dios nuestro Señor dió á vuestra majestad en una corona más reinos é imperios que á otros monarcas vasallos, con tal calidad, que castiga á los que no lo son, con que lo sean. Hoy da á vuestra majestad á sí mismo; beneficio tan de su poderosa mano de vuestros señoríos, que ni tiene más que pedir á la divina Providencia, ni otra ocupacion que darle gracias por disposicion tan propia. Más nos ha dado á todos en dar á vuestra majestad á sí mismo, que dió á vuestra majestad en dárselo todo: tanto mayor que todo es vuestra majestad. Acabastes los años que vuestra luz nos la dispensaron pálida, vapores que levantastes y se condensaron nubes, por cuyos senos el dia que nos inviábades como sol clarísimo, descendia á nuestros ojos anochecido en los tránsitos que le esquivaron con sombras. Esto, Señor, no ha sido casual ni fué agravio: circunstancia sí para que hoy se admire que la salud